

Ucudo 41

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE FRANCISCO NACENTE



HISTORIA GENERAL
DE
FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 82 y 83.

Véanse los anuncios de la 4.^a plana.

BARCELONA.

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE FRANCISCO NACENTE

CALLE DE AUSIAS MARCH, PLAZA DE JUNQUERAS, 7.

L47
2001

1848

HISTORIA GENERAL
FRANCIA

DE VINGT ANS DE LA RÉPUBLIQUE

Éditions 82 y 83.

Véase los avances de la 4.ª edición

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE FRANCIA

estado civil eran entonces llevadas con el mayor descuido, y que una multitud de protestantes murieron ahogados, sin que se comprobase su identidad: algunos perecieron en acreedores. Nos parece pues razonable, despues de haber leído con atencion las memorias de la época, decir que en la capital murieron mas de diez mil individuos, y que fue-



JUANA DE ALBRET.

los caminos ó en los bosques, y fueron sepultados sin ceremonia alguna religiosa: por otro lado los hugonotes que habian seguido á sus jefes á la capital eran pocos, porque muchos, á los cuales llamó la atencion el movimiento que notaban en la córte, se marcharon. Es cierto que perecieron algunos católicos ricos, y que algunos deudores dieron muerte á sus

ron asesinados en las provincias unos veinte mil hugonotes; resultando un total de treinta mil franceses. Mas como los protestantes representaban una centésima parte de la poblacion, el partido, lejos de abatirse, se rejuveneció con este bautismo de sangre, como vamos á verlo luego. Entre tanto es menester observar que el degüello del dia de San Bar-

tolomé, así como los asesinatos cometidos en las provincias, deben ser considerados como un crimen estéril. En efecto, los católicos hallaron desde luego una resistencia invencible; y los parisienses la aprendieron mas tarde á sus costas, cuando los hugonotes fueron á poner sitio á su ciudad. ¡Grande y admirable lección dada por la Providencia!... El degüello del día de San Bartolomé causó mas tarde la muerte de un millon de franceses que profesaban la fé romana; además trajo el gobierno de la liga, execrable mezcla de una religion sin discernimiento, y de una ferocidad sin límites: ¡tan cierto es que el hombre halla en el crimen un castigo inevitable! El asesino que degüella hoy es asesinado mañana. No hay en el mundo felicidad ni dignidad, sino cuando el hombre camina guiado por la razon y la humanidad; la una ilustra; la otra entenece, librándose así el hombre del frenesí del bien (pues muchos católicos eran puros de corazón), azote el mas espantoso que castiga á los pueblos.

Antes de concluir esta deplorable historia, debemos sentar la verdad sobre un punto importante: algunas imaginaciones superficiales han supuesto á la córte de Roma cómplice en la matanza del día de San Bartolomé. Gracias á las indagaciones del ilustre Chateaubriand, queda incontestablemente probado que Salviati, nuncio del papa, que residia entonces en la capital, no tuvo noticia del proyecto de la córte sino por el grito de las víctimas, y lo propio sucedió al embajador del rey de España.

21.—Cárlos IX reconoció bien pronto la impotencia de los asesinatos, que lejos de aterrorizar, penetran con una fé aun mas ardiente, y hacen que se truequen en heroicas las opiniones hasta entonces inciertas. Los hugonotes perseguidos en las ciudades, acosados en los caminos, se refugiaron á los bosques y á las selvas; despues, una vez saciada, la sed de sangre dió lugar á una especie de compasion universal (1). Los asesinatos

(1) Dado el golpe (el degüello), enfriada la cólera, pasado el riesgo, el acto pareció mas grande, mas formidable á las imaginaciones sosegadas; la sangre derramada ofendia á las conciencias. Mem. de Tavannes, t. 3, p. 299.

se sintieron consternados al ver la esplosion de desprecio que estalló en toda Europa. Isabel en presencia de toda su córte manifestó al embajador francés, Lamothe Fenelon, todo el horror que le inspiraba el degüello á que habian sido entregados los protestantes franceses. Estos consiguieron reunirse en las ciudades que les quedaban todavia: Nimes, Montalban y la Rochela fueron constituidas centros de una nueva resistencia; en una palabra, estalló la cuarta guerra civil. Todos los capitanes ilustres que habian combatido á las órdenes de Condé y Chatillon no murieron á manos de los asesinos, ni tampoco en los combates. Lanoue antes del día de San Bartolomé habia salido de Francia, y mientras los asesinatos defendia á Mans con Luis de Nassau. Rendida esta ciudad, Lanoue quiso volver á su patria, y se retiró en casa del duque de Longueville. La posicion de los hugonotes se mostraba bajo un aspecto extraordinario; los diferentes actos públicos dimanados del rey mandaban que se respetase su vida, y no obstante el monarca no quiso manifestar que tuviese relaciones con ellos. Así el duque de Longueville llevó á Lanoue á Paris, y le introdujo en la córte, pero Cárlos IX no vió al célebre guerrero hugonote sino en casa de Alberto de Gondi. Por una de aquellas transiciones caprichosas, que solo tiempos como aquellos pueden producir, el rey encargó á Lanoue que se fuese á la Rochela y decidiera á sus habitantes á que consintiesen en un tratado de paz. Jamás hubo comision mas árdua, ni jamás se desplegó mas tenacidad y conciencia en el cumplimiento de un deber, pues se habia convencido de que el capitán hugonote, en tanto que defendia la causa de Cárlos IX, tendria derecho de batirse contra las tropas reales que estaban sitiando aquella ciudad, en donde habia multitud de protestantes salvados de los últimos asesinatos, y ministros que al través de todos los riesgos habian ido á refugiarse en medio de sus correligionarios, cuyo fanatismo inflamaban incesantemente. Dominaba hasta á los simples paisanos una especie de frenesí que nada podia domar. Enviáronse algunos comisarios

protestantes á Lanoue que los esperaba en Tadon; al momento de su llegada aparentaron desconocer al veterano que les manifestó el brazo que habia perdido en su servicio, á lo que ellos replicaron: «Bien presente tenemos á Lanoue, cuyo papel era muy diverso del que vos representais: aquel era un amigo nuestro que con su virtud, esperiencia y constancia defendia nuestras vidas, se coronaba de gloria, y no hubiera venido á seducirnos con palabras halagüeñas, como hace este á quien hablamos, parecido al otro en semblante pero no en voluntad.»

Mandaba las tropas sitiadoras de la Rochela el duque de Anjou, acompañado del de Alenzon su hermano, del rey de Navarra y de Condé; los duques de Montpensier, de Guisa, de Nevers, de Longueville tambien habian ido á tomar parte en los combates que se preparaban: en fin, de Aumale, Bouillon, y los mariscales de Cossé y de Montluc habian ofrecido su brazo. Seguro parecia el triunfo con tantos jefes que contaban en sus banderas cuarenta mil combatientes. A tales fuerzas reunidas oponia tan solo la Rochela mil trescientos soldados y dos mil paisanos armados; pero en el campamento de los católicos se urdian continuamente una multitud de intrigas. El duque de Anjou, que estaba ya esperando el trono de Polonia, se abandonaba á la mollicie, y los sitiados, ciegos de su fanatismo que nada era capaz de abatir, dirigian todos sus esfuerzos á un mismo fin. Los ministros recorrian incesantemente las filas de los soldados, á los cuales hacian presentes los suplicios y asesinatos de que eran víctimas sus correligionarios, cuyos cuerpos estaban esparcidos en todos los puntos del territorio nacional, haciéndoles ver que les esperaba igual suerte. Los protestantes robustecian estas imágenes vivas con los textos tomados de la sagrada escritura, é iban á atacar al enemigo entonando salmos. La nobleza de la córte se esponia con una temeridad desastrosa; así es que de Aumale, que era uno de los Guisas, pereció, y el duque de Anjou, recibió dos heridas; pero los asaltos, los ataques, eran rechazados con rara intrepidez, viéndose muchas

veces á las mujeres combatir al lado de sus maridos. Lanoue estaba constantemente en medio de los Rochelenses, exhortándolos por una parte á la paz, y dirigiéndolos de otra en todas sus salidas, á la cabeza de mil doscientos ó mil quinientos hombres, luchó contra el ejército del duque de Anjou y le causó grandes pérdidas. Por lo demás su infatigable actividad hallaba tiempo para reparar las brechas y construir nuevas fortificaciones: luego despues de haber prestado tantos servicios, volvía á tomar su papel de negociador con los habitantes, los cuales se indignaban de ello, particularmente los ministros, que se abandonaban á unos accesos de furor difíciles de espre-ar. Uno de ellos dió un bofetón al anciano, el cual sin conmoverse dijo á las personas que le acompañaban: «Llevad á este pobre viejo á su mujer y encargadle que consulte á los médicos sobre su locura.» Mientras que el sitio de la Rochela iba alargándose, Montluc, obispo de Valence, se dirigió á Polonia para alcanzar su trono en favor del duque de Anjou. Este prelado, habilísimo negociador, no era del gusto del duque de Guisa, que lo tenia por un hugonote encubierto, y hubiera sido comprendido en los asesinatos de la capital, si no se hubiese hallado ya en camino para ir á desempeñar la comision diplomática que le encargara Catalina. El duque de Guisa, despues del degüello del dia de San Bartolomé, se acordó de Montluc, y seguro de que conseguiria hacerle quitar la vida, prometió su obispado, enviando en su persecucion á un tal Macere (1), quien se presentó en todas las ciudades, suponiendo que llevaba una orden del rey para que hiciese desaparecer el obispo de Valence. La córte confió á este prelado una suma de cincuenta mil escudos, para hacer frente á los obstáculos que podia haber en Polonia. Macere instó en la ciudad de Metz á algunos soldados á que matasen á Montluc, por el cebo del dinero que llevaba. El obispo fué entonces detenido, pero se defendió con tanto calor, amenazando con las funestas consecuencias

(1) Secretario ó mejor agente del obispo de Verdun.

que traeria la detencion de un embajador del rey de Francia, que se contentaron con ponerlo en la cárcel, con cuyo motivo escribió á Catalina la carta siguiente:

«Señora: un agente del obispo de Verdun me ha puesto preso en esta ciudad (Metz) sin manifestar autorizacion alguna para ello, y ejerciéndola con mas atrevimiento que si hubiese sido un mariscal de Francia, y lo que es mas, afirma que yo soy uno de los tantos que el rey tiene dispuesto perezcan, lenguaje que me da mucha pena, no tanto por la pérdida de la vida, como por el pesar que debo tener de que S. M. me repute rebelde y perverso, á mí que jamás he pensado ni dicho cosa alguna contra el servicio de S. M. Y pudiera decirse que esto seria una malditísima recompensa á los servicios que sin corrupcion he prestado por espacio de treinta y ocho años. Pero no acierto á creer que semejante resolucion haya podido salir de un príncipe tan sabio, tan bueno como el que me ha honrado con su gracia desde que salió de la cuna, y aun lo puedo creer menos de vos, señora. Os ruego, pues, que os digneis decir á quien corresponda, que ni el rey ni vos me considerais rebelde, y que yo pueda vivir bajo vuestra proteccion (1).»

La reina madre, que deseaba ardientemente sentar una corona en la cabeza de su hijo, dirigió al obispo de Valence la siguiente carta firmada por ella, por el rey y el duque de Anjou: «Sr. de Valence, hace mucho tiempo que no me habia incomodado tanto como al ver el agravio que se os hace: os ruego no os enfadeis por ello, asegurándoos que se hará tal demostracion que quedaréis contento, y os suplico que esto no os cause retardo ni os desaliente.» Escudado con esta carta, á la que siguieron al mismo tiempo órdenes de la córte, Montluc, despues de haber alcanzado la libertad, pasó á Polonia.

La córte de Francia tenia en aquel tiempo un doble motivo para usar de consideraciones con los hugonotes; por un lado aspiraba á una corona para el duque de Anjou; queria

por otro renovar su alianza con los príncipes protestantes de Alemania. La reina madre y el jóven monarca se revestian en el esterior de todas las apariencias de una verdadera moderacion. Pero no habia llegado el momento, siendo indispensable una larga série de miserias y de desastres antes que la parte mas escogida de los católicos comprendiese la necesidad de una transaccion. El bastardo de Angulema aprovechó un corto viaje del rey á las fronteras de la Lorena, á donde habia ido á acompañar á su hermana Claudia, para meditar un nuevo degüello como el de San Bartolomé, en el cual se habia ya ensayado. En consecuencia, reuniendo algunos asesinos, les dió orden para que señalasen con una cruz las casas mas espléndidas de Paris, las cuales debian ser inmediatamente saqueadas, y sus propietarios asesinados. El príncipe (1) fué á confiar su proyecto al duque de Nevers, que en los infaustos dias de agosto del año anterior habia obrado como uno de los mas activos asesinos, hallándose de gobernador en Paris. Temiendo ser reputado por uno de los cómplices del bastardo de Angulema, hizo detener á sus principales agentes y fué á presentarse á Carlos IX para declararle sus intenciones, y el rey escribió mandando que se respetasen los dias y las riquezas de los hugonotes.

Los habitantes de la Rochela, á pesar de las pérdidas que experimentaban en los asaltos y salidas, seguian defendiéndose con un valor heróico, y el orden, la constancia, la sumision á las órdenes de sus jefes, todo entre ellos contribuia al buen éxito. No sucedia lo mismo en el ejército real, indisciplinado y horrorosamente desmoralizado. En fin, para cúmulo de males penetró entre los sitiadores una enfermedad que llamaban el cólico de Poitou, cuya descripcion nos ha dejado un historiador en estos términos. «Apenas esta enfermedad atacaba á alguna persona, cuando su cuerpo perdia la fuerza, pareciendo atacado de parálisis: el semblante se ponia pálido, un frío glacial se apoderaba de las estre-

(1) SS. de Valuse, en 4.º per wol. (fol. 1,039). A. fol. 137.

El Bastardo de Angulema era hermano natural de Carlos IX.

midades, el sueño desaparecía, el paciente tenía continuas náuseas y vómitos de color verdoso, luego los dolores mas atroces despedazaban el estómago, los intestinos, los costados, las ingles y los riñones. En las plantas de los piés se sentían los mas horri-

golpes eran tan mortales que despues les llamaron los arcabuces de Sancerre. Estos primeros resultados electrizaron á todos los protestantes del mediodia. Montbrun y Bonne de Lesdiguières sostenían en el Delfinado con una felicidad extraordinaria una continua



EL CANCELLER DEL HOPITAL.

bles tirones, y continuos desmayos afligian al enfermo hasta que espiraba (1).

22.—El ejemplo que habia dado la Rochela inflamó á los habitantes de Sancerre, cuya ciudad, ó por mejor decir aldea, sitiaba, desde el 3 de enero de 1573, Claudio de la Chatre con quinientos caballos y dos mil infantes. Por un momento pareció segura su conquista, pero los desalojaron unos simples paisanos hugonotes, sin mas armas que piedras cuyos

(1) De Thou, l. 50, p. 760.

guerra de guerrillas, de modo que el partido reformado resucitó de sus cenizas con una nueva energía. El ejército del duque de Anjou no existía, la hacienda del rey estaba reducida al último apuro, y reinaba en Francia una escasez tan general, que Catalina no hallaba dinero para dar fiestas: la paz, en fin, era tan urgente para la corte como para los hugonotes. Los de la Rochela aceptaron las proposiciones que les ofreció Carlos IX, con el cual trataron, no como vencidos sino como

de potencia á potencia. Entre el rey de Francia y los súbditos del culto reformado se convino en que se olvidaria lo pasado, aun los últimos asesinatos, que se volverian mutuamente los prisioneros y se declararían nulas todas las sentencias dictadas por los tribunales en materias religiosas, y los protestantes, bajo ciertas condiciones podrian celebrar las ceremonias de su culto. Sancerre, estenuada por todos los horrores del hambre, abrió sus puertas el 19 de agosto de 1573, es decir, el día mismo en que los nobles polacos eligieron rey al duque de Anjou. Para triunfar de los otros rivales, el obispo de Valence hubo de hacer promesas que escedian á sus poderes. El príncipe prestó en Paris juramento en manos de los embajadores del pueblo en que iba á reinar, y la córte de Francia dió magníficas fiestas, con lo cual creyó haber cumplido, pero la salud de Carlos IX iba declinando. Entregado mas que nunca á las fatigas de la caza, y como si no bastasen para satisfacer la necesidad de emociones que le atormentaba, perseguia á los venados, estaba continuamente tocando el cuerno, en una palabra parecia querer borrar la memoria de la jornada de San Bartolomé. Desde aquellos espantosos dias se notó en él un cambio completo, hijo de los mas agudos remordimientos. La violencia, la movilidad de su carácter explican cómo pasó de la crueldad mas inaudita al mas profundo remordimiento. Los escritores protestantes han sacado de este hecho los horribles cuadros que nos han legado, sirviéndoles como una especie de consuelo: así es que representaron á la Providencia hiriendo á Carlos IX, y pintaron á los ojos de todos á este príncipe *tan sediento de su sangre*, viendo la suya salirse por los poros (1). Sin duda son exageradas estas noticias, pero tienen un fondo de verdad incontestable; sostener que

(1) «Ambrosio, dijo á su médico, despues del día de San Bartolomé, yo no sé lo que me ha sucedido: de dos ó tres dias á esta parte, tengo el espíritu y el cuerpo extraordinariamente conmovidos, todo lo veo cual si estuviese delirando, paréceme á cada momento, tanto dormido como despierto, que los cuerpos asesinados se presentan á mi vista con asquerosos semblantes y cubiertos de sangre; quisiera que en el degüello se hubiese respetado á los inhétiles y á los inocentes. *Economías reales ó memorias de Sulli*, p. 245.

un príncipe despues de haber mandado el degüello el día de San Bartolomé no sufriese los remordimientos mas crueles á la edad de veinte y cuatro años, equivale á insultar la misericordia de Dios, que pesando las circunstancias, envia el arrepentimiento aun á los mayores criminales. Carlos tenia vicios, pero su alma no se hallaba dominada por una corrupcion sistemática, y al paso que se le condena, se le compadece. No era lo mismo el duque de Anjou, conjunto horrible de todas las iniquidades que pueden degradar á la naturaleza humana. Este príncipe miraba con una secreta satisfaccion el estado de languidez en que habia caido su hermano. El trono de Francia le gustaba mas que el de Polonia, pues reinando en el Louvre estaba bien seguro de que daria pávulo á todas sus voluptuosidades; así es que acorde con Catalina inventaba cada dia nuevos pretextos para no salir de Paris. Carlos le penetró, y no era solo (1). Irritado de tanto retardo se entregó muchas veces á aquellos arrebatos que helaban de terror á su madre, y no tuvo mas remedio que marchar. El rey acompañó á su hermano, y llegado á Villiers-Cotteret se puso malo. Ambrosio Paré declaró «que el rey habia tocado demasiado la trompeta en la caza del ciervo.» Los cortesanos pensaron que le habian envenenado «con el cuerno de una liebre marina, que hace padecer largo tiempo á la persona, y poco á poco va consumiéndola como una vela.» Este rumor carecia absolutamente de fundamento; no cubramos de crímenes imaginarios á Catalina ni á su hijo el duque de Anjou, pues esto fuera esponerse á debilitar las pruebas de otros de que la historia los ha acusado con tantos datos justificativos.

(1) Cuando el rey y los principales alababan al obispo de Valence, el rey de Polonia y la reina su madre hablaban de él como si hubiese sido el inventor del destierro de este príncipe, para cuyo viaje se hablaba de dejar pasar el invierno. Cuando el rey que huia de los negocios y se procuraba placeres en los bosques despertó, mandó que se le trajese toda la correspondencia, y luego blasfemando á su manera, dijo á su hermano en presencia de la reina que uno ú otro tenian que salir del reino. Viendo la reina madre la firme resolucion del rey, dijo al de Polonia: Marchaos, no estareis largo tiempo ausente, y á fines de setiembre salió de Paris. *D' Aubigné*, l. II, c. II, p. 105.

Mientras que el segundo hermano caminaba para ir á tomar posesion de su reino, se preparaba en el mediodía una de aquellas coincidencias de fechas que llaman la atencion de los pueblos. A escepcion de las ciudades de la Rochela, Nimes y Montalban, ninguna de las demás del mediodía quisieron reconocer el último edicto de pacificacion. La mayoría de los hugonotes se reunieron pues el dia 24 de agosto de 1573, aniversario del degüello del dia de San Bartolomé, y declararon que si llevado por malos consejos el jóven rey habia tenido la debilidad de aceptar la odiosa responsabilidad de los asesinatos, su corazon no habia tenido parte en ellos. Pero como los consejeros de tantos crímenes rodeaban todavía á Cárlos, necesitaban para su propia defensa derechos mucho mas estensos que los que se habian concedido á la *causa* en el último tratado de paz. Despues de este acto solemne nombraron diputados, que trasladándose á la córte, presentaron sus quejas al hijo de Catalina. Convencidos de la necesidad de una organizacion mas fuerte, los hugonotes nombraron al vizconde de Paulin gobernador de Montalban, de la Guyena y de Querci, encargando á S. Roman el mando de Nimes en las Cevennas y la Rouerga; apoderáronse de los bienes que correspondian al clero católico, y con estos ausilios levantaron un ejército de veinte mil hombres. A los diputados del Lenguadoc se unieron los de Provenza y del Delfinado, y se presentaron al rey apenas entrado en la convalecencia. Los protestantes no se contentaron con sublevarse como partido político, sino que quisieron dictar leyes al que ordenara su destruccion. Catalina desechó con desprecio las peticiones de hombres que consideraba vencidos, y que acreditaban su impotencia con un postrer esfuerzo. «Si Condé hubiera vivido, y se hubiese hallado en el corazon de la Francia con veinte mil caballos y cincuenta mil infantes, si á mas hubiese sido dueño de las principales ciudades del reino, no hubiera pedido la mitad de lo que estas gentes han tenido la osadía de proponernos (1).»

(1) De Thou, l. LVII.

En tanto que los diputados hugonotes admiraban con su osadía, urdiáanse nuevas intrigas en el seno de la córte. En efecto se formó una alianza entre el duque de Alenzon tercer hermano del rey, el príncipe de Navarra y Condé, uniéndose tambien á esta coaliccion, ya tan poderosa, los mariscales de Monmorenci, de Cossé y de Amville. Una idea saludable presidió á la creacion de este nuevo partido, llamado los *politicos*; los hombres que lo componian se habian impuesto el deber de realizar una transaccion entre católicos y protestantes. Decidieron pues que en caso de que muriese Cárlos IX, se quitaria la corona de Francia al rey de Polonia; que subiria al trono el duque de Alenzon, y se proclamaria la libertad religiosa como ley fundamental del Estado, y que se convocarian los estados generales. Era preciso disponer los ánimos á que se prestasen á tan estraños cambios, pues la universalidad de los franceses miraba el catolicismo como la única expresion de la voluntad de Dios; de consiguiente no podian consentir en el reconocimiento de un culto que odiaban. Los protestantes por su parte tenian el mayor interés en escluir del trono de Francia al duque de Anjou, pues era uno de aquellos á quienes se debia el monstruoso pensamiento del degüello del dia de San Bartolomé, y todo era de temer de semejante enemigo, cuando reuniese en sus manos las fuerzas del Estado. Los hugonotes publicaron varios escritos para seducir la opinion pública, tratando particularmente la cuestion política. Pondremos tan solo á los ojos del lector algunas líneas tomadas de uno de los libelos que circulaban entorces. «La autoridad de elegir á los príncipes ¿á quién pertenece?» se pregunta el autor; «se hallará que por derecho natural, por el uso de las cosas que se ha acostumbrado siempre por toda equidad y razon, despues de Dios existe en la *multitud del pueblo*; por esta razon se llama autoridad pública ó de los pueblos, los cuales la comunican á los príncipes para ejercerla en pro de ellos, y no para robarlos y abusar de su autoridad (1).»

(1) Discursos políticos de los diversos poderes establecidos por

Catalina convencida de que la Rochela, que acababa de triunfar de cuarenta mil hombres á las órdenes de un príncipe de la sangre, serviría constantemente de centro al partido

pero siendo estos vigilados, el crimen fué descubierto, y los reos, insiguendo la costumbre del siglo décimo sexto, sufrieron el mas horrible castigo. El ódio de los hugonotes se



EL ALMIRANTE COLIGNI.

protestante, recurrió á la perfidia para recobrar la posesion de esta ciudad importante. Gontaut-Biron, Dulude, Rouhault y Pui-gailard consiguieron hallar traidores que se obligaron mediante una suma considerable á abrirles una de las puertas de la ciudad;

Dios en el mundo, de su gobierno legítimo y del deber de los que están sujetos á ellos, cuyo escrito está lleno de excelentes instrucciones para toda clase de personas, porque se habla en él de diversas preeminencias, de la superioridad del hombre sobre la mujer probada por el Génesis y la epístola de S. Pablo.

aumentó con el nuevo atentado que Catalina meditara, y se prepararon para nuevas hostilidades. El rey les escribió, asegurándoles que él era del todo inocente en el complot de que tenían tan legítimos motivos de quejarse. La córte de Francia se hallaba entonces en una de aquellas agitaciones que son preludio de sucesos graves; la salud de Carlos IX inspiraba las mas vivas inquietudes; y todos los partidos conocian que se acercaba

el fin del monarca. El duque de Guisa, á quien cada dia apreciaba mas el partido católico, redoblaba su insolencia. Desde el dia de San Bartolomé dominaba la opinion pública, so-

gado á confiar á su hermano, el duque de Alençon, el mando de las tropas reales, y la reina madre por su parte habia prometido lo mismo al duque de Lorena, quien apenas ins-



ASESINATO DEL ALMIRANTE COLIGIN EN LA NOCHE DE SAN BARTOLOME.

bre todo en Paris; por su parte los hugonotes de las provincias seguian en una rebelion abierta; los politicos, esto es, el tercer partido, alargaban ya la mano para coger la direccion de los negocios. Carlos se habia obli-

TOMO II.

talado en el gobierno de Francia fué á visitar al mariscal de Monmorency, y aunque se ignora el objeto de la entrevista, es natural que esta conferencia girase sobre la situacion de la Francia. La córte se hallaba entonces

en San German; el duque de Guisa alimentaba mucho tiempo había un ódio profundo á un caballero que había salido de su casa para pasar á la de Monmorency. Ventabren, este era el nombre del desgraciado caballero, fué hallado por el príncipe de Lorena, que le persiguió con la espada desnuda hasta el palacio del mismo rey. Segun la etiqueta establecida por Francisco I, equivalia esto á incurrir en el crimen de lesa magestad; sin embargo no se persiguió ni formó causa al duque de Guisa, contentándose con sostener que había obrado en el caso de una legítima defensa, pues que el mariscal de Monmorency dió á Ventabren la comision de esesinarle en San German.

El partido político había concertado todas las medidas para dar un gran golpe. Lanoue estaba encargado por el duque de Alençon de sublevar á los hugonotes del Poitou, á cuya cabeza debian ponerse este príncipe, su cuñado el rey de Navarra y Condé. Ya una escolta considerable mandada por Chaumont de Guitri estaba pronta en las inmediaciones de San German: para mejor desviar toda especie de vigilancia, habíase elegido el martes de carnaval, 23 de febrero de 1574, dia en que toda la nobleza que seguia la córte se abandonaba á placeres y desórdenes de todas clases. Guitri mandó avisar al duque de Alençon, al rey de Navarra y á Condé que les esperaba para conducirlos á Mantes: el duque de Alençon, espantado á la idea de los riesgos, ya que era uno de aquellos hombres de imaginacion viva y de corazon cobarde, denunció á sus amigos, que eran sus consejeros, Bonifacio de la Molle, caballero provenzal, y Cocconas. Encárgoles que descubriesen á Catalina todos los pormenores de la conspiracion y le entregasen la lista de sus cómplices. La reina madre, cediendo á un sentimiento de terror, dispuso salir de San German. «Vimosnos pues, dice Margarita de Valois, obligados á salir á las dos de la mañana, y poner al rey Carlos en una litera para trasladarnos á Paris; la reina madre colocó en su carruage á su hermano (el duque de Alençon) y al rey mi marido, que esta vez no fueron tratados con

tanta dulzura como la otra, pues el rey se fué al bosque de Vincennes, de donde no les permitió salir.» Esta era la segunda vez que los súbditos de Carlos le condenaban á una súbita fuga; pues el príncipe de Condé, padre del actual, le había poco antes perseguido por espacio de muchas leguas. Pero el rey de Francia llegaba esta vez á aquella edad en que el sentimiento de la dignidad personal está plenamente desarrollado. Si no había jamás olvidado la memoria de su primera falta, júzguese de los accesos de rabia y desesperacion que le atormentarian entonces. Oprimido por una enfermedad moral y abatido por una fiebre ardiente, caminaba de noche, temiendo á cada minuto dar en una emboscada. Libre de todo riesgo, Carlos meditó una estrepitosa venganza; La Molle y Cocconas fueron presentados al parlamento de Paris para que los juzgase, y declararon en su manifestacion que el proyecto de fuga de los príncipes había sido cosa de los mariscales de Monmorency y de Cossé, que fueron al instante enviados á la Bastilla. El duque de Alençon y el rey de Navarra publicaron una memoria justificativa; sin embargo Enrique, yerno de Catalina de Médicis, se presentó á los magistrados del parlamento de Paris, y la firmeza que desplegó en esta circunstancia fué una muestra del porvenir que preparaba á la Francia. En vano se le sometió á un segundo interrogatorio ante el canceller de Vilagua, de que salió triunfante. La venganza de Catalina se sació completamente en las personas de La Molle y Cocconas, á los cuales hicieron sufrir los tormentos mas atroces, á pesar de que habían declarado cuanto la justicia podia desear. El parlamento los condenó á la pena capital; les cortaron la cabeza el 30 abril de 1571, y sus miembros aun sangrientos fueron clavados á las puertas de Paris. La muerte de estos dos cortesanos fué á la vez cruel é injusta; pero no pudo ser llorada, porque Cocconas compró el dia de San Bartolomé á unos asesinos treinta hugonotes para degollarlos por su propia mano, y algunas horas despues estaba ya en camino, así como La Molle, para llevar las órdenes de la córte,

reclamando de los gobernadores de las provincias nuevos asesinatos. Salidos ambos de ilustres cunas, gozaban mucho favor con las damas de aquellos tiempos: La Molle obsequiaba á Margarita, mujer del rey de Navarra, y Cocconas era amante declarado de la duquesa de Nevers, las cuales comprando sus cabezas, las mandaron embalsamar.

Mientras corria en el cadalso la sangre de estos dos malhadados asesinos del dia de San Bartolomé, los hugonotes iban adquiriendo en el mediodia ventajas señaladas; en una palabra, acababa de estallar otra guerra civil. Lanoue entra en el Lusignan, Melle y Fontenai; algunos dias despues Pons, Tonnai, Charenta, Royan, Talmont, S. Juan de Angeli y Rochefort abren sus puertas á los religionarios, comunicándose con la rapidez de una chispa eléctrica. Los protestantes de Valois, del Vivaris, de Forez están sobre las armas, bloquean á Lion, sorprenden á Orange y á Montbrun, é insurrecciónase la mayor parte del Delfinado. Colombieres y Guitri con su numerosa caballería inundan el Maine y la Normandía; Montgommeri acude á unirseles á la cabeza de los refugiados de Gersei y de Guernesei; de Amville, gobernador, ó por mejor decir, rey del Lenguadoc, desprecia para lo sucesivo las órdenes de la córte. Así en el espacio de menos de dos años el partido hugonote se levantó mas poderoso que nunca. El rey, que se habia apartado de los negocios, seguía consumiéndose, y Catalina tomando las riendas del Estado formó tres ejércitos. Matignon se batirá en la Normandía, Montpensier en la Guyena, el delfin de Auvernia someterá el Delfinado y el Lenguadoc. Matignon alcanza algunas ventajas, aunque los reformados se defienden como leones; en Saint-Lo, Colombieres murió con dos de sus hijos. «Al dar mi vida con las vuestras, dijo á sus compañeros, ofrezco tambien lo que mas estimo en este mundo; mas les vale morir con su padre impúberes y llenos de honor, que vivir en el servicio de infieles degenerados y apóstatas.» Montgommeri que se habia encerrado en Domfront con ciento cuarenta bravos, opone la mas vigorosa resistencia,

pero al fin tiene que humillarse á una capitulacion. Catalina, á cuyo marido mató involuntariamente esse capitán en un torneo, se apresuró á participar á su hijo que habia caido en poder de las tropas reales; mas Carlos que se hallaba entonces en cama, volvió la cabeza al otro lado, sin tomar parte en este suceso.

Cuanto se desesperaba de la salud del monarca, mas espantosos eran sus remordimientos (1). La misma noche que precedió á su muerte, mandó salir á cuantos estaban en su cuarto á escepcion de tres, á saber: Latour, Saint-Pris y su ama de leche, aunque era hugonote. «Como ella se hubiese sentado sobre un cofre y empezado á dormir, habiendo oido al rey que se quejaba, lloraba y suspiraba, se acercó quedito á la cama, y apartando el cortinaje el rey empezó á decirla, dando un gran suspiro, sollozando con tal fuerza que los sollozos le interrumpian la palabra: ¡Ay ama! amiga mia, ama mia, cuánta sangre, y cuántos asesinatos! ¡Ay! ¡qué malos consejos seguí! Dios mio, perdonadme, y tened si os place misericordia de mí. Yo no sé donde estoy, ¡tanto me agitan y me tienen perplejo! ¿Qué vendrá á ser todo esto? ¿qué haré yó? estoy perdido, harto lo veo.» Entonces el ama le dijo: «Señor, los asesinatos caigan sobre aquellos que os los aconsejaron; pero vos, señor, vos no podeis resistir mas, y pues que vos no consentisteis y teneis sentimiento de ello, creed que Dios no os lo imputará jamás, y los cubrirá con el manto de la justicia de su hijo, al cual solo debeis recurrir.» (L'Estoile, t. I, p. 86). Este testimonio, que citamos con preferencia á otro, se debe á un magistrado que se inclinaba al tercer partido, esto es, al de la moderacion, y que por sus enlaces pertenecia á las primeras familias de la magistratura. L'Estoile era á la vez católico y realista, y revela á los lectores la verdad entera; así se halla en su memoria cierto sabor de ternura que manifiesta los sentimientos y opiniones del cronista de la córte de Valois. Transcribe sin embargo las declaraciones que nos han legado sobre el mismo

(1) L' Estoile t. I, p. 86.

hecho Sulli y de Thou, siendo el ministro de Enrique IV el que tomará primero la palabra.

« . . . Carlos IX murió en el bosque de Vincennes en el día de Pentecostés del año 1574, no habiendo durante el acceso de sus dolores ni cuando se veía bañado en sangre en su cama, manifestado mas sentimiento, que el de haber derramado la sangre de los inocentes, el día 24 de agosto de 1572 (1).»

Concluiremos con una cita tomada de Tour, historiador tan digno de fé: «Y despues del día de San Bartolomé, interrumpia el sueño del rey una especie de estremecimiento de horror, que le cogia de golpe, y para que volviese á dormirse mandaba cantar á sus pajes (2).»

Al reunir estos diversos testimonios no hemos tenido mas idea que defender la memoria de Carlos IX. Tomó parte, alentó y dispuso homicidios horribles; aun no estaba enjuta la sangre en las calles de Paris cuando disponia nuevos asesinatos en las provincias, pero la primera idea de tan desastrosas jornadas no debe pesar únicamente sobre su nombre, porque fué obra de su madre, del duque de Anjou y de los consejeros de la corona: Carlos IX por su desgracia tenia una especie de instinto de ferocidad, que las perversas insinuaciones de Retz, uno de los promotores del degüello de San Bartolomé, desarrollaron y dilataron. Este miserable florentino fué el que corrompió los gérmenes de moral que Cipiere, ayo del monarca, habia sembrado en su alma, y los ejercicios violentos á que se abandonó el hijo de Catalina aumentaron la crueldad de temperamento que le era propia. Si la regente le hubiese mostrado ejemplos de virtud y de moderacion, hubiera llegado á reprimir el furor y la inestabilidad de sus primeros movimientos, y no hubiera aprendido el disimulo, la perfidia y todos los vicios que le han señalado tan triste lugar en la historia. Su maestro, el célebre Amyot, le habia inspirado el gusto por las bellas letras, y componia versos

que se leen aun con agrado (1). En una época en que el libertinaje y el desórden horrorizaban por la monstruosidad de sus excesos, se mantuvo casi casto, si se le compara con sus contemporáneos. En efecto, solo dejó un hijo natural de María Touchet, hija del lugar-teniente de la senescalía de Orleans. De su matrimonio con Isabel de Austria tuvo una hija que murió de edad de cinco años. El dolor profundo que manifestó Isabel á la muerte de Carlos, dolor que ocupó el resto de su vida, prueba que el rey de Francia podia ser amado. Para desvanecer las voces de envenenamiento que continuamente circulaban en la córte, se procedió á la autopsia del cuerpo. Continuó el extracto de la declaracion de los facultativos: «El corazon de Carlos estaba ajado y estenuado, no se le halló agua en el pericardio, y uno de los lóbulos del pulmon de la parte de las costillas estaba lleno de un humor purulento, que despedia un hedor insufrible.» Esta relacion va firmada por los SS. Mazille, Vaterre, Alejo Gardin, Vigor, La-Febre, Saint-Pons, Pedro Brigard, Lafilé y Duret médicos, y de los SS. Paré, de Amboise, Dubois, Portais, Eustache, Dionneau, Lambert y Gointerel, cirujanos.

Carlos declaró regente á su madre; de modo que la suerte de la Francia quedó con-

(1) Puede juzgarse de ellos por la siguiente composicion dirigida á Ronsard:

La encantadora poesia,
Cuadre bien ó cuadro mal,
Debe ser mas estimada
Que en alto trono reinar;
Ambos llevamos coronas,
Coronas de magestad;
Yo como rey las recibo,
Tú cual poeta las das.

Tu inteligencia inflamada
Con un ardor celestial,
Por sí misma se esclarece,
Mas yo por mi magestad;
Si en el coro de los dioses
Ventaja quiero buscar,
Su imágen soy solamente.
Y Dios tambien es Ronsard.

Tu lira sobre las almas
Te hace en su hechizo reinar,
Y solo sobre los cuerpos
Alcanza mi potestad;
Y ella es reina que domina,
Con predominio real,
Donde el tirano mas fiero
No mandó nunca jamás.

(1) Economías reales ó memorias de Sulli, t. I, p. 255.

(2) De Thou, l. LVII, p. 47.

fiada á una mujer, corrompida sin duda, pero activa y avezada al manejo de los negocios. El reinado de Enrique III hizo desear la administracion de la italiana Médicis. Despues de horribles asesinatos, el lector va á entrar en

conocido en nuestros estudios históricos y sin duda el lector estará persuadido de tal asercion al considerar los documentos y pruebas irrecusables que aduce dicho escritor. Nosotros terminaremos aquí este capítulo narran-



MARGARITA, ESPOSA DE ENRIQUE IV.

la historia de las torpezas mas abyectas, pues los hijos de Enrique II habian de atraer sobre sus cabezas la maldicion y el desprecio de los hombres. Al fin respiraremos cuando hayamos llegado al reinado de Enrique IV. Carlos IX habia conocido bien á su cuñado; así al morir le recomendó sirviese de protector á su viuda.»

23.—Hasta aquí el citado historiador cuyo lúgubre cuadro de la matanza de San Bartolomé, aunque trazado á grandes rasgos, es uno de los mas exactos y verídicos que hemos

do someramente algunos sucesos que aunque en apariencia son poco importantes, mucho contribuyeron al cambio de costumbres. El primero fué la introduccion del Tabaco en Francia el año 1560 por el embajador de la misma en Portugal, Juan Nicot quien le dió el nombre de *nicociana* y otros el de *pelum* ó *yerba de la reina*, porque dicho funcionario hizo presente de aquella introduccion á la reina Catalina de Médicis.

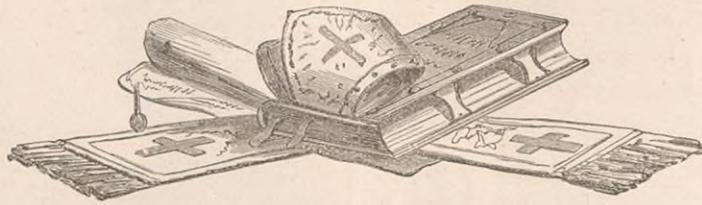
En 1571 introdujo el italiano Renato de Biragua, guarda-sellos, el sistema de protec-

cion de la industria francesa, prohibiéndose con el edicto de enero de 1572 la esportacion de las materias primeras y la importacion de los productos extranjeros. (*Coleccion de las leyes antiguas francesas, tom. XIV, pág. 232 y 241.*) Pero no se cumplió ese edicto.

El día 4 de agosto de 1574 se dió otro edicto en la aldea de Rosellon en el Delfinado con el cual se fijaba el comienzo del año en 1.º de Enero en vez del día de Pascua.

Cárlos IX prohibió con sus cartas patentes

sobre la represion del lujo, el empleo de carrozas en el interior de Paris. En tiempo de Francisco I no habia sino dos en aquella ciudad, una para la reina y otra para la duquesa de Etampes. Las damas iban á caballo á la córte. Enrique IV no tuvo mas que una, y cierto dia escribió á Sulli que no podia ir á verle porque la reina se servia de la carroza. Pero á mediados del siglo décimo séptimo se contaban ya en Paris mas de 300. Casi todas las casas nobles la tenian.



CAPÍTULO III.

1. Enrique III.—2. El partido de los políticos.—3. Alianza de los políticos con los hugonotes. Quinta guerra.—4. Batalla de Dormans. El *Balafré*.—5. Paz de Monseñor.—6. La Liga santa.—7. Pretensiones del duque de Guisa.—8. Primeros Estados de Blois.—9. Enrique III se declara jefe de la Liga.—10. Declaraciones violentas contra los protestantes.—11. Sexta guerra y tratado de Bergerac.—12. La orden del Espíritu Santo. Ordenanza de Blois.—13. La córte de Enrique III.—14. Séptima guerra; paz de Fleix.—15. Expedicion del duque de Anjou á los Países Bajos.—16. Recrudescencia de la Liga despues de la muerte del duque de Anjou.—17. Tratado de Joinville entre España y el duque de Guisa.—18. Tratado de Nemours entre el rey y el duque de Guisa.—19. Enrique de Navarra.—20. Anarquía en Francia.—21. Octava guerra ó la de los tres Enriques. Batalla de Coutras.—22. Jornada de las Barricadas.—23. Segundos Estados de Blois.—24. Asesinato del duque de Guisa.—25. Asesinato del rey Enrique III.

1.—El presunto heredero de Cárlos IX, el duque de Anjou, se hallaba en Polonia en el momento de morir su hermano el rey de Francia. A pesar de los afanes que á la reina Catalina le costara obtener la corona de Polonia para su hijo predilecto, el titulado vencedor de Jarnac y Montcontour, este se disgustó enseguida de vivir en medio de una córte donde no reinaba la depravacion de costumbres que los italianos habian introducido en Francia. No bien supo Enrique, duque de Anjou, la muerte de su hermano Cárlos, cuando se dispuso á salir de Polonia, y al efecto huyó de noche como un criminal perseguido. Sus vasallos que á toda costa que-

rian retenerle en el trono, fueron en persecucion suya; mas no pudieron darle alcance. Detúvose en la córte de Austria, donde le cautivaron los placeres, hasta el punto que no entró en su nuevo reino sino dos meses despues de haber salido furtivamente del primero.

Aquellos de nuestros lectores que hayan parado mientes en la conducta y natural del duque de Anjou, conocerán fácilmente que no era este príncipe apto para dominar la situacion que su hermano le legaba. Las victorias en su nombre alcanzadas por Tavannes le habian dado poco prestigio entre la nobleza y el pueblo, y los abusos de los placeres ha-

bian apagado en él aquel primer hervor de la sangre que le pregonara por tan bravo como sus antepasados. Además, no manifestaba tener gusto por las cosas grandes sino que prefería pasatiempos propios de un niño ó de una mujer cuando no se entregaba á monstruosas liviandades. La depravacion de su corazon le habian corrompido las brillantes cualidades del alma, de manera que solo tenia elocuencia para mentir y habilidad para engañar. En cuanto á religion se regia por la apariencia de piedad que era comun en aquella época mayormente en la córte; pues creía que con un ayuno y algunos disciplinazos quedaba corriente con el cielo y su conciencia.

Cárlos IX habria podido ser un rey notable, si no hubiesen influido en él su madre y sus cortesanos poderosos; porque á veces habia manifestado proyectos y pensamientos grandes; pero Enrique III se ocupó solamente en las orgias y pueriles empeños. De Aubigné no sabia al ver aquel hombre tan cuidadoso de sus tocados, de su tez y de la blancura de sus manos y rostro si contemplaba á «un rey mujer ó bien á un hombre reina». Cárlos era malo en ciertas ocasiones en que la cólera le dominaba; pero Enrique lo era siempre y por principio: no se hacia leer otra cosa que los escritos de Maquiavelo. En fin, no conoció nunca el remordimiento que es todo cuanto puede decirse de la maldad de una conciencia tan depravada que no siente arrepentimiento y pesar por los crímenes y delitos que ha cometido.

Los primeros actos del reinado de Enrique III dieron á entender lo que habia de esperarse de él. En Turin pagó con pródiga magnificencia la hospitalidad que le diera el duque de Saboya, puesto que le concedió Piñerol, Perusa y Savillano que eran los últimos restos de las conquistas de Francisco I en la otra parte de los Alpes. Apenas se halló en Francia, cuando mandó á los protestantes hacerse católicos ó salir del reino; pero los reformados se tranquilizaron al ver que aquellas órdenes amenazadoras no tenian otro resultado que el de enviar algunos oficiales en las provincias del Mediodia muy agitadas

á la sazón, el de organizar procesiones en las que iba el rey y el de hacer salir por las calles disciplinantes que se azotaban para «la remision de los pecados de los hugonotes.»

Hizo Enrique su entrada solemne en Paris escandalizando á las personas sensatas, puesto que llevaba en derredor suyo gran número de monos, papagayos y perritos. «Al ponerle en Reims la corona en las sienas, dice el testigo L'Estoile, dijo bastante recio que le hacia daño, y por dos veces le resbaló como si hubiese ido á caerle.» En este suceso se vió un mal agüero, y con razon; pues aquella cabeza que no podia soportar la corona, tampoco podria soportar los viriles pensamientos que habrian sido menester para defenderla.

2.—No obstante Francia necesitaba para salir del abismo en que le habian sumido las guerras de religion, que segun opinion de la mayoría de los principales historiadores, costaron mas de un millon de vidas, necesitaba, decimos, una mano firme y potente que empuñara las riendas del gobierno. De aquí que la débil y corruptora de Catalina de Médicis pudiera apenas impedir una esplosion durante los últimos dias de su hijo Cárlos y en los dos meses de su regencia. Sin duda el partido de los políticos formado como queda dicho, de católicos moderados que á todo trance querian cortar las luchas de las facciones que desolaban el país, fué un lenitivo á los males que devoraban al reino vecino. Pero el duque de Alenzon, príncipe de la sangre real, que se habia declarado jefe de este nuevo partido, pensaba mas en servirse de él para satisfacer sus ambiciosos designios que para atajar los desastres de su patria.

Entre tanto los Guisas seguian á la cabeza de los católicos, y los Borbones á la de los protestantes. Esto tal vez hizo que el de Alenzon no queriendo verse aislado, ni el segundo de uno ó de otro bando, formara un tercer partido al que tuvo la suerte de atraer, con el cebo del plan de pacificar el reino, á hombres distinguidísimos, á gran número de magistrados y ciudadanos ricos. Con razon sin duda le llama el Bearnés «corazon lleno de doblez,

alma maligna y configurada como un cuerpo mal formado.»

3.—Sorprende dolorosamente el ánimo el considerar aquella época en el cual no brillan hombres verdaderamente grandes. Del Hospital habia sido víctima de la matanza de San Bartolomé por mas que no se le diera la muerte con el acero: una banda de los asesi-

merced á las condiciones de esos hombres fué cosa fácil entenderse con ellos. Ya en los últimos dias de Carlos IX, el duque de Alençon, el rey de Navarra, el nuevo príncipe de Condé y los Montmorenci habian formado el proyecto de apoderarse del gobierno; pero en el momento decisivo faltó el valor al duque de Alençon y reveló todo el proyecto á Catalina.



CATALINA DE MÉDICIS Y SU HIJO CARLOS IX ATORMENTADO POR LOS REMORDIMIENTOS.

nos que vomitó el execrable mandato de Carlos IX, penetró en su castillo con ánimo de darle muerte; pero en aquel momento llegaron algunos ginetes y dijeron que le perdonaban, si bien no aseguraban que se viese del todo libre del degüello. Del Hospital que no tenia porque se le perdonase, murió de dolor y vergüenza al poco tiempo, exclamando: «Perezca para siempre el recuerdo de ese día abominable.» También habia muerto el gran Coligni y con él todos los principales jefes protestantes.

Los calvinistas pues no tenían para guiarles mas que hombres como el rey de Navarra que posponian la religion á sus propios intereses; pero también se ha de confesar que

El príncipe de Condé pudo escapar; mas la reina madre se apoderó del rey de Navarra y de los dos Montmorenci Toré y Merú. Por un momento la reina acarició el pensamiento de hacer un castigo ejemplar. Como quiera, empero, que el partido existia fuerte y vigoroso aun, tuvo Catalina que abandonar aquel proyecto y avenirse á los pactos que Condé y Damville, ó sea los protestantes y los políticos, por medio de enviados trataron con ella habiéndose firmado en Rouerga un tratado de alianza armada para obtener la libertad de los príncipes, la de conciencia, y la convocatoria de los estados generales.

4.—Enrique III se irritó sobremanera con los manejos de su hermano, y como Maquia-

Obras en disposicion de las que se admiten suscripciones.

HISTORIA GENERAL DE INDIAS

DE LOS REYES CATOLICOS

DAVID HUMPHREYS

DE IMPRIMERIA DE...

DE VIENTE OCHO DE LA PUERTA...

La historia de Indias es una de las obras mas importantes que se han publicado en el mundo. Su autor, David Humphreys, ha tratado de dar una idea general de la historia de las Indias, desde su descubrimiento hasta el presente. El libro es dividido en tres tomos, y cada tomo contiene una parte de la historia. El primer tomo trata de la descubierta de las Indias, y el segundo de la conquista de ellas. El tercer tomo trata de la administracion de las Indias, y de los cambios que se han hecho en ellas desde su descubrimiento hasta el presente.

EN VENTA EN LA ENTRA EN TODA ESPAÑA.

LOS GRANDES DRAMAS

DE SHAKESPEARE

PRIMERA VERSION ESPAÑOLA POR BENJAMIN LITTON

Al objeto de que esta obra sea una de las mas interesantes que se han publicado en el mundo, se ha tratado de dar una idea general de la historia de las Indias, desde su descubrimiento hasta el presente. El libro es dividido en tres tomos, y cada tomo contiene una parte de la historia. El primer tomo trata de la descubierta de las Indias, y el segundo de la conquista de ellas. El tercer tomo trata de la administracion de las Indias, y de los cambios que se han hecho en ellas desde su descubrimiento hasta el presente.

EN VENTA EN TODA ESPAÑA.

El precio de cada tomo es de 10 rs. y el de los tres de 30 rs. Se vende en todas las librerias de esta y de otras ciudades.

Obras en publicacion á las que se admiten suscripciones.

HISTORIA GENERAL DE INGLATERRA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

por el eminente historiador inglés

DAVID HUME,

continuada hasta nuestros dias por

SMOLLET Y OTROS CELEBRADOS AUTORES,

vertida al español con presencia de la clásica traduccion de

D. EUGENIO DE OCHOA

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE FRANCIA Y OTRAS OBRAS HISTÓRICAS Y CIENTÍFICAS

ilustrada con MAS DE CIENTO bellisimas láminas, grabadas en acero ó boj por los mas reputados artistas de Europa.

La HISTORIA DE INGLATERRA mas completa y reputada de todas ofrecemos hoy al público con ventajosas condiciones, puesto que toda la obra, incluidas las hermosas láminas que la adornarán, costará de 140 á 160 rs., dándose de regalo todas las entregas que pudiesen aumentar el valor aquí fijado.

Se reparte por entregas de ocho grandes páginas de abundante lectura, impresas con tipos nuevos y en papel satinado.

Mas de cien láminas grabadas en boj ó en acero adornarán la presente publicacion considerándose cada una de las primeras como media entrega de pago, y cada lámina al acero perfectamente grabada ó impresa equivaldrá á una entrega.

MEDIO REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA.

Se repartirán con puntualidad cuatro entregas cada semana.

LOS GRANDES DRAMAS DE SHAKESPEARE.

PRIMERA VERSION ESPAÑOLA POR RENOMBRADOS LITERATOS.

Al efecto de que esta primera version completa de los 36 eminentes y recreativos dramas del gran escritor inglés viese la luz de una manera digna de aquel ilustre ingenio, la editamos con lujo poco usado á pesar de las condiciones económicas á que la hemos puesto; porque á la vez que anhelamos complacer á las personas amantes de los modelos clásicos de literatura, hemos decidido que las personas que intenten adquirirla como obra recreativa ó de ameno pasatiempo, puedan á poca costa hacerse con ella.

Constará de dos tomos de medianas proporciones, ya que uno solo resultaria demasiado abultado y por consiguiente molesto y poco elegante.

Se reparte por entregas de 16 grandes columnas de abundante y clara lectura, de tamaño fóllo mayor, impresas con tipos nuevos, especialmente fundidos para esta edicion, y en papel glaseado. Sin vacilar aseguramos que cada una de nuestras entregas contiene tanta ó mas lectura que cuatro de las que generalmente cuestan á medio real la entrega.

La adornarán 36 magníficas láminas representando las escenas mas importantes, y una del retrato del autor, debidas al lápiz de eminentes artistas, y abiertas en acero por el reputado señor Furnó.

Se repartirá con toda puntualidad un cuaderno semanal de cuatro entregas, compuesto de 64 columnas de texto, ó bien de 48 y una de dichas láminas.

Cada entrega cuesta tan solo

UN REAL EN TODA ESPAÑA.

No sabemos á punto cierto las entregas que abarcarán los 36 dramas de Shakespear; mas creemos que todo lo mas serán de 140 á 150.